



Nuevas formas de trabajar con la identidad y la historia

Maximiliano Xicart | Profesor de Historia.

El presente artículo intenta analizar la relación entre la identidad –como concepto– y la historia como disciplina social. De esta manera, el artículo comienza con una definición simplificada y enmarcadora del concepto identidad; luego se exponen las características de la misma, y a partir de ellas se organiza el resto del artículo que consiste en explicar dichos atributos definitorios en su relación con la memoria, la tradición, la nación y la historia.

El historiador español Juan S. Pérez Garzón (2008:39) utiliza una definición del concepto de identidad, que él considera simplificada, pero que resulta útil para comenzar este artículo: «[...] *el sentimiento de diferenciación frente a otros, porque con los “nuestros” compartimos modos de vida y nos consideramos “idénticos” frente a los que se organizan o viven con otros hábitos. Esa pertenencia a un grupo de idénticos suele estar relacionada con el espacio con cuya realidad y organización se ha identificado nuestra existencia*». Partiendo de esta breve conceptualización, parecería que el debate teórico no debería centrarse en buscar si existe o no una identidad propiamente dicha, sino en cómo debe ser construida esa identidad, o a partir de qué momento, o quiénes deben ser esos “otros”, y quién o quiénes

de “nosotros” eligen a los “otros” con los cuales nos vamos a diferenciar. Esto constituye el punto de referencia, lo medular de la cuestión de la construcción de las identidades y las nacionalidades pues, como menciona Manuel Castells (1998:54), «[...] *el nacionalismo se construye cultural y políticamente, pero lo que importa realmente, tanto de la perspectiva teórica como desde la práctica, es, lo mismo que en todas las identidades, cómo, a partir de qué, por quién y para qué se construye*».

Lo expuesto por Castells nos conduce directamente a trabajar con las características de la identidad como concepto de las Ciencias Sociales. Es importante tener presente que si se pretende abordar en el aula la temática de la identidad, al menos desde la perspectiva de la historia, la misma posee ciertas características particulares, a saber, que se trata de una construcción no necesariamente científica, de un proceso que no está acabado, por consiguiente la identidad es dinámica y cambiante, es plural y no homogénea, útil y necesaria para la historia y los individuos. La historia cumple un rol fundamental en el trabajo con la identidad, que ahora vive un proceso de revisión y redefinición, nuevos protagonistas claman por nuevas identidades.

Veamos ahora con más detalles dichas características.

La identidad como construcción y el papel de la historia

La identidad es un concepto construido, no existe per se, se inventa, se crea; aunque su principal cometido es presentarse como algo dado, que preexiste a los individuos que la comprenden. Así es que la identidad uruguaya pretende existir antes que los uruguayos, cuando en verdad los uruguayos hemos construido la identidad en tanto nos construimos como tales. ¿A quién se le ha encomendado tal tarea de ficción? A una disciplina con aspiraciones de ciencia exacta: la historia.

La función social de la historia como creadora de la identidad nacional, toma vigor en el último cuarto del siglo XIX, cuando se conjuga la poderosa tríada nacionalista de la construcción de la historia como disciplina científica moderna, la expansión de la educación pública y la nacionalización de las masas mediante la instauración de las primeras conmemoraciones¹. La población, entonces entendida como toda la población comprendida dentro del territorio político, debería ser educada, masivamente, en los elegidos valores nacionales, y he ahí la función de la historia, que ahora era una ciencia seria, cuyo método garantizaba la construcción de “verdades universales”. Los alumnos iban a aprender “la verdadera Historia Nacional” con mayúscula, y a forjar allí su identidad como ciudadanos y patriotas. El historiador era convocado a la tarea de relatar las glorias del pasado nacional y sus héroes, y a divulgar ese conocimiento como educador.

Una de las características principales de la historia nacional, hasta el día de hoy, es crear identidad, inventar a partir de relatos las tradiciones y costumbres comunes a toda una nación, pues todos los Estados, colectivos e instituciones necesitan de un pasado; pero muy pocas veces ese pasado que precisan o quieren recordar es el que los historiadores y la investigación histórica escriben. ¿Cuál es el costo histórico? Negociar algunos recuerdos, canjear algunos olvidos y hacer nación, no historia, pues como dice Eric Hobsbawm, el nacionalismo es esa “cultura de identidad”

¹ «Los centenarios son una invención de finales del siglo XIX [...] Allí donde la identificación nacional se convirtió en una fuerza política, constituyó, por tanto, una especie de sustrato general de la política. [...] la identificación nacional alcanzó una difusión mucho mayor y se intensificó la importancia de la cuestión nacional en la política.» (Hobsbawm, 1998:21/154)

anclada en el pasado por los mitos disfrazados. Bien vale traer aquí, como también lo hace Hobsbawm (2002:270), las palabras de Ernest Renan: «*Olvidar, incluso interpretar mal la historia, es un factor esencial en la formación de una nación, motivo por el cual el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad*».

¿Es tan importante el papel que cumple la historia en la construcción de las identidades nacionales? Para responder a semejante interrogante, basta con ver la preocupación de los gobiernos –y la oposición– sobre los contenidos de los manuales escolares de historia, mucho más que sobre los contenidos de los textos de Ciencias o Matemática. ¿Hablamos entonces de un problema político o de un asunto historiográfico? Sobre esta otra cuestión, Arturo Ardao se inclina por lo político cuando los contenidos tocan temáticas muy caras a la identidad nacional. Así es como Ardao concluyó que fijar, por ejemplo, la fecha de independencia de un país implica fijar la viabilidad presente y futura del mismo, y la de su posible subsistencia como nación independiente. De esta manera, para Ardao, pensar en una fecha de independencia no es meramente un asunto historiográfico, sino político (Ardao, 1967:89). A pesar de que comparto lo propuesto por el autor, yo afinaría más la aseveración de Ardao, diciendo que existen ciertos temas en la historia que constituyen un asunto político-ideológico. La discusión sobre la fecha de independencia del Uruguay, polémica ya trabajada por la historiografía, pone en crisis la identidad uruguaya por lo que significa la fundación nacional en la construcción de la identidad, e implica entonces afirmar que existe una crisis de identidad. No obstante, siguiendo el planteo de Carlos Demasi, asumir dicha crisis lleva a aceptar que tal identidad existe como tal (Demasi, 1999:70). La polémica que viene ahora es dilucidar cuál es esa identidad o quién nos puede hablar de ella.

Para José Pedro Barrán es la historia la que habilita lo que él denomina “construcción racional de la identidad”, porque el estudio de la historia permite distinguir entre lo que es memoria, lo que es tradición, lo que cambia y permanece, así es que mientras las dos primeras buscan legitimar el orden establecido, para Barrán: «*La Historia siempre es razón crítica*»



(Barrán y otros, 2010:30). Así es que la historia debe cumplir con la función de ayudar a entender cómo se han forjado las identidades nacionales y enseñar a decodificarlas. Es decir, a distinguir entre lo que tiene de sentimientos personales y adhesión –las más de las veces irracional– a una colectividad, y lo que es su historicidad. La historia debe ayudar a identificar el principio de la identidad, su evolución y su transformación.

Así es que la historia ha de servir, o debería hacerlo, «*para comprender críticamente la propia identidad y poder contextualizarla*» (Prats Cuevas, 2007:22). Por ello, Carretero y Montanero (2008:139) sostienen que la enseñanza de la historia es fundamental para la construcción de la identidad en cuanto eje que estructura representaciones sociales y culturales. La historia da cuenta de las luchas por el dominio del recuerdo y la tradición, que permiten la construcción de una pluralidad de identidades colectivas de diversos grupos sociales, y desnuda la lucha que se esconde por el poder de la memoria. Demasi va en esta misma línea y en su libro, que no inocentemente tituló *La lucha por el pasado*, afirma que la historia constituye una herramienta que permite estructurar ese pasado para darle sentido al presente (Demasi, 2004:9). El nombre del texto deja ya traslucir un conflicto en el seno de la historia, la lucha entre lo que se quiere recordar y olvidar en cuanto a lo que sirve del pasado al discurso fundacional de la

nación y la identidad, según la época en la que nos encontremos. Justamente, Demasi señala en el libro cómo han variado las efemérides a recordar, demostrando como distintas épocas entienden la identidad de varias maneras. Esto entonces nos conduce a otro problema: ¿no es inmutable la identidad?

La identidad como fenómeno dinámico y cambiante

La identidad no constituye un proceso acabado. La identidad de una localidad, de un pueblo, de una nación, etc., no se construye *ad eternum*, sino que posee como característica esencial el dinamismo, la trasmutación hacia nuevas formas de construir y vivir la identidad. Lo más permanente que posee la identidad es su constante redefinición y reconstrucción, manifestándose de maneras distintas, a través de nuevos héroes y nuevos mitos. Característica que parece muy obvia, si pensamos que los individuos y las sociedades no permanecen estáticos, sino que están en permanente renovación y cambio, por lo que las nuevas generaciones, en general críticas a lo ya establecido, clamarán por nuevos sentidos identitarios. La identidad, como todo concepto, es dinámica y cambia, y la historia debe dar cuenta de esos cambios.

Para ejemplificar claramente esta característica de la identidad como un concepto dinámico, se repasarán muy brevemente las formas de construcción de la identidad en el Uruguay.

Nuevas formas de trabajar con la identidad y la historia

A pesar de que José Rilla dice que los partidos usaron la historia como recurso de su identidad, la llamada “Cuestión Nacional” estuvo largo tiempo ausente de la pugna de las divisas y los partidos, y hubo que esperar hasta el período militarista de la región para que nuestro Estado, ya independiente, en medio de un proceso de transformaciones políticas, sociales y económicas, apelara a conformar su ideología nacional en pro de alimentar, justificar y fortalecer su propia existencia. Por tales razones, el historiador Juan E. Pivel Devoto califica este período, y más concretamente el año 1879 (inauguración del monumento a la independencia en la Florida), como la etapa en la que se consolida de forma definitiva nuestra independencia (Rilla, 2008:489; Caetano y Rilla, 1985:11; Ribeiro, 1994:41; Pivel Devoto, 1938:248-260). A partir de allí, los uruguayos forjaron su identidad separándose del resto de los países latinoamericanos. Los “otros” serían más las poblaciones vecinas, y el “nosotros” se proyectaría como un émulo de Europa. Dado que fue una empresa difícil la de buscar elementos muy propios de los uruguayos, que no tuvieran algún grado de parentesco con Argentina y Brasil, de los que pudieran reclamar su apropiación legítima, fue que el Uruguay se identificó como algo diferente, la tierra de promisión que posee una geografía particularísima, bien distinta al caos latinoamericano. Pero el querer describir al Uruguay como excepcional desde el punto de vista social y geográfico, tendió a aislarlo y desvincularlo del resto de América. El Uruguay se presentó al mundo como la “Suiza de América”, y Montevideo como la “Atenas del Plata”, en lo que Juan Rial denomina los cuatro mitos fundacionales del país; el segundo mito es la búsqueda de una identidad uruguaya basada en la diferenciación, en no identificar al uruguayo con alguna característica especial, sino más bien poner el énfasis en ver la diferencia que tiene con los otros países latinoamericanos. Pero semejante idea no tuvo en cuenta que ser altamente europeizados no implica necesariamente ser europeos (Rial, 1986; citado en Caetano y Rilla, 2010:228-229).

Sin embargo, la crisis del sesenta y el contexto internacional invitaron a revisar el modelo clásico de identidad nacional, reivindicando un antiimperialismo y la necesidad de asumir una


identidad ahora sí latinoamericana, lo que era el otrora proyecto artiguista “traicionado”: *«En esta coyuntura se manifestó la existencia de distintos proyectos de país, diferentes conceptos de “patria”, y por lo tanto diversas formas de entender la identidad uruguaya, que acentuó su fragmentación, pero también su carácter eminentemente político-ideológico»* (Islas y Frega, 2008:374). Luego vendría la dictadura que buscó homogeneizar la identidad uruguaya con la orientalidad, estableciendo dos categorías de ciudadanos: “los buenos orientales” y los “enemigos de la nación”. De esta forma, concluyen las autoras citadas, para ser uruguayo había que adherirse al proyecto político de la dictadura que encarnaba la verdadera nación. El discurso homogéneo, heredado del batllismo de principios del veinte, sucumbe y sufre variaciones. El discurso oficial deja de estar alineado necesariamente al de la población, y aparecen nuevos personajes que reclaman su identidad, como lo harán los grupos indigenistas en el Uruguay. A la añeja visión homogeneizadora del Uruguay batllista, constructor de una identidad de país europeo blanco-caucásico, la antropóloga Teresa Porzecanski (1993) le antepone la reivindicación de un Uruguay mestizo. No hay que malinterpretar su postura; la autora no cae tampoco en los errores de quienes reivindican un indigenismo a ultranza, tratando de colocar a las culturas que habitaron la Banda Oriental como gestoras de la identidad o como molde de muchas de nuestras costumbres. Lo que Porzecanski sostiene es que el Uruguay negó una realidad mestiza, tras la polémica del exterminio y el genocidio indígena, que dejó sin identidad en el discurso oficial a una parte de la población que existe y fue negada, e incluso olvidada intencionalmente, y que ahora exige su revisión. Frente a todo lo expuesto, bien se puede concluir que no existe en el Uruguay una forma única de identidad nacional.

La identidad no es homogénea. Las nuevas formas de identidad

Como afirma Hugo Achugar, la identidad no es lo mismo que la homogeneidad, pues mientras que la primera trata sobre las riquezas de la diversidad, la segunda implica renunciar a esas identidades individuales en pro de una única y uniforme, que anule toda identificación

“díscola”, sometiéndola y dominándola, discriminando de forma violenta lo que es identidad nacional de lo que no lo es (Achugar; citado en Islas y Frega, 2008:391).

Ahora las sociedades se enfrentan a la necesidad de nuevas construcciones de la(s) identidad(es), pues el proceso en el que han devenido los Estados nacionales en este siglo XXI, eclipsados por la globalización, las oleadas migratorias, las organizaciones supranacionales y la hiperconectividad, hace añicos las otrora nociones imaginadas de una identidad homogénea que ponía límites entre lo que era y no era un uruguayo. Esto último hace referencia directa a los nacionalismos que tienen como doble condición aglutinar y unir, pero a la vez diferenciar y discriminar. Todo lo que entra dentro de tales características es uruguayo y

lo que queda afuera no lo es. Pero, hoy en día, que los nacionalismos pasan ya por otras cuestiones como el deporte –más concretamente el fútbol en nuestro caso–, espectáculos cada vez más hiperintegrados al mundo global, el objetivo sería la construcción de una identidad, como dice Pérez Garzón, multicultural, de tolerancia y pluralidad. El autor propone que los sistemas educativos deberían desplegar la tolerancia de un pluralismo de identidades (Pérez Garzón, 2008:53). La historia hoy puede y –hasta podría decir– debe cambiar su función primigenia del siglo XIX, para transformarse en el soporte de una nueva identidad, una identidad plural e intercultural, producto de una ciudadanía cosmopolita que debe construirse como una ciudadanía tolerante en el marco de la actual sociedad cada vez más global y globalizada. 



Bibliografía

- ARDAO, Arturo (1967): “La independencia uruguaya como problema” en *Cuadernos de Marcha*, N° 4: *Uruguay, las raíces de la Independencia*. Montevideo, agosto de 1967.
- BARRÁN, José Pedro y otros (2010): *José Pedro Barrán. Epílogos y Legados. Escritos inéditos / Testimonios*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, Gerardo; RILLA, José (1985): “El sistema de partidos: raíces y permanencias” en G. Caetano; J. Rilla; P. Mieres; C. Zubillaga: *De la tradición a la crisis. Pasado y presente de nuestro sistema de partidos*. Montevideo: CLAEH.
- CAETANO, Gerardo; RILLA, José (2010): *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI*. Montevideo: Ed. Fin de Siglo / CLAEH.
- CARRETERO, Mario; MONTANERO, Manuel (2008): “Enseñanza y aprendizaje de la Historia: aspectos cognitivos y culturales” en *Cultura y Educación. Revista de teoría, investigación y práctica*, Vol. 20, N° 2, pp. 133-142. Fundación Infancia y Aprendizaje.
- CASTELLS, Manuel (1998): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Vol. II: *El poder de la identidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- DEMASI, Carlos (1999): “De Orientales a Uruguayos (repasso a las transiciones de la identidad)” en *Revista Encuentros*, N° 6 (octubre). Montevideo: CEIL/CEIU/FHCE.
- DEMASI, Carlos (2004): *La lucha por el pasado. Historia y nación en Uruguay (1920-1930)*. Montevideo: Ed. Trilce.
- HOBSBAWM, Eric (1998): *La era del imperio 1875 – 1914*. Buenos Aires: Crítica.
- HOBSBAWM, Eric J. (2002): *Sobre la historia*. Barcelona: Ed. Crítica. Biblioteca de Bolsillo N° 87.
- ISLAS, Ariadna; FREGA, Ana (2008): “Identidades uruguayas: del mito de la sociedad homogénea al reconocimiento de la pluralidad” (Cap. 10) en A. Frega y otros: *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio (2008): “¿Por qué enseñamos Geografía e Historia? ¿Es tarea educativa la construcción de identidades?” en *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, N° 27, pp. 37-55. Ediciones Universidad de Salamanca.
- PIVEL DEVOTO, Juan Ernesto (1938): “El proceso de la independencia nacional” en *Revista Nacional*, N° 8 (agosto), pp. 248-260.
- PORZECANSKI, Teresa (1993): “Uruguay a fines del siglo XX: mitologías de ausencia y de presencia” en H. Achugar; G. Caetano (comps.): *Identidad uruguaya. ¿mito, crisis o afirmación?*, pp. 49-61. Montevideo: Ed. Trilce.
- PRATS CUEVAS, Joaquín (2007): “La Historia es cada vez más necesaria para formar personas con criterio” (Entrevista) en *Escuela*, N° 3.753 (914), pp. 22-23, 21 de junio de 2007. En línea: http://www.ub.edu/histodidactica/images/documentos/pdf/historia_necesaria_formar_personas_criterio.pdf
- RIBEIRO, Ana (1994): *Historiografía Nacional (1880 – 1940). De la Épica al Ensayo Histórico*. Montevideo: Ediciones de la Plaza.
- RILLA, José (2008): *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Montevideo: Ed. Debate.